

Jérôme Bindé
(director)

¿HACIA DÓNDE SE DIRIGEN LOS VALORES?

COLOQUIOS DEL SIGLO XXI

Prefacio

Con el objetivo de contribuir al debate mundial sobre los grandes retos del futuro, la División de Prospectiva, Filosofía y Ciencias Humanas de la UNESCO promueve desde el año 1997 el ciclo de Coloquios del Siglo XXI, que reúne en cada sesión a dos o tres científicos, intelectuales, creadores o dirigentes de renombre internacional, procedentes de todos los horizontes, en un espíritu prospectivo e interdisciplinario.

Este volumen constituye una antología de las reflexiones presentadas durante los encuentros prospectivos, de la décima a la vigésima sesión de los Coloquios, que se celebraron el 19 de septiembre de 2001. Asimismo, la División de Prospectiva, Filosofía y Ciencias Humanas organizó los segundos Diálogos del Siglo XXI, que, después de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, reunieron, el 8 de diciembre del mismo año, a más de 20 participantes internacionales de primer orden para debatir un tema general: “¿Hacia dónde se dirigen los valores?”

Expresamos nuestro agradecimiento a los autores por sus generosas contribuciones a los Coloquios y los Diálogos del Siglo XXI. Sin ellos esta obra no habría sido posible.

)))

Introducción general (fragmento)

Hoy en día evocamos el nihilismo, la “pérdida del sentido”, la “desaparición de los valores” o el “choque de civilizaciones” y de valores supuestamente irreductibles. La cuestión del nihilismo, y por lo tanto la de los valores, ha sido el núcleo de los interrogantes de la filosofía del siglo XX. Profeta, desde finales del siglo XIX Nietzsche identificaba la historia con el proceso del nihilismo, que él resumía según la siguiente fórmula: la “desvalorización de los valores supremos”. La “muerte de Dios”, según su pensamiento, comportaba la muerte del Hombre:¹ así, Nietzsche promulgaba el Michel Foucault de *Las palabras y las cosas*. Para Heidegger, el nihilismo es el movimiento mediante el cual el Ser queda olvidado y se transforma totalmente en valor. Más allá de la diferencia de los enfoques entre Nietzsche y Heidegger, ciertos filósofos -Gianni Vattimo, sobre todo-² han observado una afinidad entre sus dos definiciones del nihilismo: “la reducción del ser al valor de intercambio”. Paradójicamente, esto sería así a causa de la decadencia de los “valores supremos” de que la noción de valor se vería liberada en su vertiginosa potencialidad. Los valores podrían así desplegarse “en su verdadera naturaleza de convertibilidad”, en el “movimiento de generalización del valor de intercambio”.³

A principios del siglo XXI, cuando los planes de reapropiación de los valores parecían haberse derrumbado -tanto si eran proyectos políticos revolucionarios de emancipación como apuestas por la reconstrucción filosófica, espiritual, ideológica o política-, en el momento en el que unas cuantas Casandras profetizan el advenimiento de una poshumanidad, incluso de lo inhumano; justo cuando unos eventos trágicos derriban nuestros puntos de referencia y desacreditan la hipótesis de un “fin de la Historia”; cuando las sociedades se movilizan en busca de nuevas árticas, la UNESCO no puede ahorrarse una reflexión prospectiva y filosófica que se empeñe en encontrar una respuesta a la pregunta: “¿Hacia dónde se dirigen los valores?”

Todavía para Voltaire, en el siglo de la Ilustración, no cabía ninguna duda: “sólo existe una moral, al igual que sólo existe una geometría”. Pero esta certidumbre universalista se ha ido desmoronando desde hace tiempo ante la denuncia de un origen totalmente humano de la moral. La sospecha de una relatividad histórica y cultural de los valores, tal como las diversas iniciativas de desmistificación que trataron de reducirlos a paquetes ideológicos disimulando mecanismos de poder,

¹ Tal y como indicó Guiles Deleuze.

² Gianni Vattimo, *La Fin de la modernité*, París, Seuil, 1988.

³ *Ibidem*.

ha arrasado la fe filosófica, religiosa o artística a un absoluto de lo Verdadero, del Bien, de lo Bello. Esta gran crisis de los valores, que ha trastornado profundamente los dos últimos siglos, desemboca en múltiples incertidumbres. ¿El crepúsculo de los valores significa la ausencia de un fundamento trascendente que permite anclar valores eternos en un cielo inmutable, o recibirlos por fin de una revelación indudable? O bien, en un mundo marcado por el encuentro planetario entre culturas, ¿hay que prever antagonismos virulentos, choques violentos entre valores contrarios? ¿O acaso veremos hibridaciones inesperadas y novedosas entre sistemas de valores de orígenes y de orientaciones hoy en día extraños entre sí?

El siglo xx, con dolor, ha vuelto a poner en tela de juicio nuestras certezas acerca de la sociedad, la historia, la humanidad. La crisis contemporánea de los valores ya no es sólo la de los marcos morales tradicionales heredados de las grandes confesiones religiosas, sino también la de los valores laicos que les sucedieron (ciencia, progreso, emancipación de los pueblos, ideales solidaristas y humanistas). La monstruosidad, que dejó su huella en el siglo xx, parece de nuevo amenazar nuestro futuro. ¿No existe el riesgo de que el desarrollo de las técnicas, factor tan decisivo como imprevisible e incontrolable de cambio, pueda desembocar en una humanidad irreconocible, que unos cuantos ya han designado con el término desconcertante de “poshumanidad”? ¿Podrían los progresos de la revolución genética suscitar una forma de autodomesticación de la especie humana? En un universo de innovaciones y de rupturas radicales, que rápidamente afectarán a la especie humana en su conjunto y que modificarán los equilibrios geopolíticos, ¿cómo concebir la continuidad de una Historia, y mantener la utopía deseable de una vida mejor para la mayoría? ¿Podemos conservar el objetivo de un proyecto universal que sea compatible con la multiplicidad de las tradiciones, y que se enriquezca de sus historias entrelazadas?

Paul Valéry ya se había percatado de que nuestra concepción de los valores morales o estéticos tendía a acercarse, en un mundo dominado por la especulación, al modelo del valor bursátil. Ya no existe un patrón fijo de valores, de medida estable y absoluta, sino que todos los valores fluctúan en un amplio mercado. Sus cuotas suben y bajan según los entusiasmos, los pánicos y las más subjetivas apuestas. El valor “mente”, decía con mofa, no es diferente del valor “trigo” u “oro”, y no deja de bajar... Así, el fenómeno de la moda, que hasta ahora sólo se refería a ámbitos dominados por lo arbitrario y la conveniencia, como el vestir, invade toda nuestra concepción de los valores. Vivimos en lo efímero, la obsolescencia acelerada, el capricho subjetivo, como si los más sagrados valores, ahora sin fundamento, pudieran entrar en el gran mercado de los valores mobiliarios y fluctuar a su vez. Esta forma coyuntural, momentánea y especulativa de concebir los valores

corresponde a un gran número de fenómenos éticos o estéticos del mundo contemporáneo. El papel de la información y de los medios de comunicación refuerza esta orientación, puesto que la lógica bursátil de los valores, al igual que la de la moda y la de las tendencias de corta duración, implica tener en cuenta múltiples “indicadores” momentáneos que deben atraparse al instante. La información instantánea sustituye así el sentido de la Historia y el reconocimiento de sus largas evoluciones ya ininteligibles.

¿Cómo podemos, en este todopoderoso contexto que parece favorecer la “frivolidad” de los valores,⁴ considerarlos “serios”? ¿Cómo puede la cuestión central de la educación encontrar su lugar en un mundo fluctuante, flexible, marcado por la influencia emocional e intelectual de imágenes efímeras? El siglo podría verse abocado a una extraña contradicción: nunca se habrá dado tanto valor a lo efímero. Sin embargo, el surgimiento de sociedades del saber, que tienden a hacer de la educación para todos y a lo largo de toda la vida no sólo un simple sueño, sino un proyecto, parece prefigurar el desarrollo de un nuevo dispositivo de valores duraderos, a la vez serios, lúdicos y juveniles.⁵ Cuando se desvanecen las fronteras entre las tres edades de la vida parecen surgir nuevos valores, a la vez cognitivos y prospectivos. Se trata de unos valores menos heredados que inventados, menos reproducidos que creados, menos recibidos que transmitidos.

De hecho, ¿nos dirigimos hacia una estetización de los valores cuando se trata, primero y antes que nada, de crearlos? ¿La estética se habrá convertido en el estado supremo de la economía y la ética? Hoy en día, el antagonismo entre el artista y el burgués, entre “la estética y la economía política”, como decía Mallarmé, se ha desvanecido. No sólo se reconoce plenamente y se glorifica al artista, sino que parece que ninguna época le ha dado tanta importancia y ha hecho de él el propio modelo de la actividad productora de sentido y novedad. La “creación” está por todas partes. Todos somos -o aspiramos a ser- “creadores”. Cada producción, empresa o acción se lleva a cabo con referencia a la creación artística. En la vida personal, en ausencia de marcos estables y eternos, todos nos vemos obligados a crear, aunque sólo sea nuestra propia existencia: hay que inventar un “estilo de vida”. En la vida económica se reconoce la innovación como el propio motor del desarrollo. Las fuerzas del mercado sitúan en primer plano las

⁴ Véase Jean-Joseph Goux, *Frivolité de la valeur*, París, Blusson, 2000. El autor agradece a Jean-Joseph Goux su valiosa contribución a la definición de la problemática de la UNESCO sobre la perspectiva de los valores con ocasión de las sesiones de los Diálogos del Siglo XXI organizadas en la sede de la UNESCO, el 8 de diciembre de 2001.

⁵ Jérôme Bindé, “Demain, de plus en plus jeunes?”, comunicaciones introductorias a la decimoquinta sesión de los Coloquios del Siglo XXI, París, UNESCO, 26 de septiembre de 2000, publicado en la *Revue des Deux Mondes*, octubre-noviembre de 2002.

seducciones de la oferta, la multiplicación infinita de los deseos, que tan sólo un dinamismo incesante de creaciones atractivas puede alimentar. De este modo, esta estetización generalizada no sólo afecta a la sociedad como espectáculo (medios de comunicación, publicidad, entorno visual y sonoro), sino al propio núcleo del principio ético y de la dinámica empresarial.

¿Podemos entonces pronosticar la creación de nuevos valores? Sin lugar a dudas, el siglo xx ha presenciado en varias partes del mundo un declive masivo de la adhesión a los dogmas religiosos tradicionales. Sin embargo, al mismo tiempo ha conocido una diversificación extraordinaria de búsquedas personales o comunitarias de tipo espiritual. ¿Acaso estos surgimientos minoritarios conllevan valores fuertes que podrían ser esenciales para el porvenir y fuente de renacimiento? De igual modo, cuando la cohesión social se ha desvanecido ante el incremento de un individualismo cada vez más radical que destruye los vínculos heredados y las identidades establecidas, se observa un crecimiento sin precedentes de nuevas formas de asociación, el nacimiento de nuevos tipos de solidaridad. ¿Cuáles son los tipos de valores que crean estas redes inéditas -fomentadas por la innovación tecnológica- de afinidad, alianza, comunicación? En un mundo cada vez más dominado por los motivos de interés económico y los valores materialistas y narcisistas de consumo, hedonismo y satisfacción a corto plazo, ¿se puede acaso apreciar la aparición de valores alternativos que podrían definirse como “posmaterialistas”? El derrumbamiento de los marcos patriarcales (con sus dimensiones éticas, institucionales, culturales y metafísicas) está vinculado a esas preguntas; una fractura considerable que implica una feminización de los valores de consecuencias profundas, que todavía es difícil de medir plenamente, pero que desde luego influirá en todos los aspectos del siglo xxi.

Las preguntas que surgen en torno a los valores son el síntoma de la mutación profunda que nuestras sociedades experimentan bajo los efectos conjuntos de dos fenómenos de gran amplitud: la mundialización y las nuevas tecnologías. La mundialización, al contrario de lo que se escucha con demasiada frecuencia, no se puede reducir a la sola integración liberal de los mercados o al surgimiento de un pensamiento global. En realidad, la mundialización, como sentimiento de pertenencia al mundo, que viene de lejos, es multiseccular: ¿no fue en el propio Imperio romano donde los filósofos imaginaron por primera vez el concepto de cosmopolitismo? Tal como subraya Edgar Morin, la historia de la primera mundialización, la de los exploradores, la de los grandes descubrimientos y la colonización, que vio prevalecer todo tipo de hegemonías y toda forma de dominación -política, económica o cultural-, no debe ocultar la existencia de una segunda mundialización. Se trata de la mundialización de las conciencias que, desde Las Casas

y Montaigne hasta las ONG y los movimientos cívicos mundiales contemporáneos, con base en la idea de nuestra humanidad común y la visión prospectiva de una ciudadanía planetaria, ha sido un fenómeno tanto político, filosófico y espiritual como cultural. ¿Se puede decir, por lo tanto, que sería posible esta coexistencia armoniosa entre las culturas profetizadas por los defensores de una mundialización pacificada y sin excesos? Debe subrayarse aquí la persistencia de desigualdades considerables tanto en el nivel mundial como en el nacional. Hay que evocar también el papel de las nuevas tecnologías y de la “revolución de la información” en el acompañamiento de la mundialización. Resulta bastante probable que, aprovechando las actuales transformaciones, la desigualdad numérica, económica y social entre ricos y pobres, que ya va más allá de la tradicional separación entre países del Norte y del Sur, se vea todavía más acentuada. Conviene planificar más que nunca el modo de llegar a un reparto universal del conocimiento y a un auténtico intercambio entre culturas.

En esta perspectiva, la cuestión de la pluralidad de las culturas no puede limitarse al debate sobre los valores y al problema del relativismo. En los tiempos de la mundialización y de las nuevas tecnologías el nuevo reto consiste en saber cómo preservar la diversidad cultural. Porque no se pueden subestimar las amenazas que pesan sobre la propia diversidad de las culturas. La cuestión del porvenir de los idiomas resulta claramente ilustrativo: se hablan entre cinco y siete mil idiomas actualmente. Esta cifra podría verse reducida a la mitad cuando termine el siglo que acaba de comenzar. Además, la ausencia de un verdadero plurilingüismo en Internet no hace más que fomentar este fenómeno de extinción y deterioro de las lenguas. Más allá de los debates futuros sobre los instrumentos adecuados para la preservación de la diversidad cultural, comprendemos que, en primer lugar, se impone un diagnóstico de los peligros que la amenazan.

A nuevos retos, nuevas respuestas. Esto demuestra que el nuevo mundo que se perfila ante nosotros nos impone volver a considerar totalmente los contratos sociales, pilares de nuestras sociedades. Las transformaciones globales que hemos descrito reclaman un proyecto de nuevos fundamentos políticos y sociales a escala mundial, que la labor de la UNESCO ha tratado de esbozar en torno a la idea de cuatro contratos.⁶ Sus ejes principales están constituidos por un nuevo contrato social basado en la educación para todos y a lo largo de toda la vida, un contrato natural, un contrato cultural y un contrato ético, en una sociedad global cuyos retos son planetarios. Sin la generalización de la educación para todos y a lo largo de toda la vida, ¿cómo podemos

⁶ Cf el informe mundial de prospectiva de la UNESCO, *The World Ahead: Our Future in the Making*, Londres, Zed Books-Éditions UNESCO, 2001. Véase también *Les Clés du XXI^e siècle*, París, Seuil-Éditions UNESCO, 2000.

acabar con la pobreza absoluta? ¿Cómo promover con eficacia los valores democráticos? ¿Cómo construir auténticas sociedades del conocimiento? Sin un contrato natural que deje de elevar al ser humano a “dueño y poseedor” de la naturaleza para convertirlo en su depositario, ¿cómo terminar con la explotación exagerada de los recursos presentes, que amenaza con dificultar irremediablemente las posibilidades de un desarrollo sostenible y, por lo tanto, las oportunidades de las generaciones futuras? Sin un contrato cultural, que no es lo menos difícil de llevar a cabo, ¿de qué recursos dispondríamos contra el agotamiento de la diversidad cultural? Sin una nueva definición de las exigencias éticas subyacentes en el ideal de los derechos humanos, que permiten circunscribir el marco de la seguridad humana, ¿cómo podemos construir las bases de una democracia anticipadora y de una ciudadanía planetaria? Esto demuestra la amplitud de la tarea que nos espera.

JÉRÔME BINDÉ